

Garbiñe Las Heras

María Allua

# EL INCREÍBLE MUNDO DE MEAR SENTADA



¿Alguna vez te has dado cuenta de lo complejas, diferentes y especiales que somos las mujeres?

Nosotras sí y por eso estamos aquí. Esta novela refleja el fantástico y caótico mundo interior de Claudia, Martina y Silvia, tres mujeres en distintos periodos y circunstancias, que nos dan la oportunidad de conocer, a través de sus más íntimas reflexiones, sus emociones, ilusiones y miedos.

Silvia se adentra en el ¿maravilloso? mundo de la maternidad. Claudia acaba de salir de una relación estable dispuesta a «recuperar el tiempo perdido». Martina goza de una «aparente» estabilidad personal y profesional. Déjate seducir por ellas porque juntas van a enseñarte el increíble mundo de mear sentada.

## Prólogo

Por Irene Ferb

El otro día fui a comer con unas amigas escritoras a un restaurante italiano espectacular. ¿Qué os sugiere? Seguro que más de uno si dispone de tiempo (y ganas) de recabar en esta frase recrea una imagen de una mesa con mantel blanco impoluto en un ambiente tranquilo, una comida sabrosa compartida con un buen vino al centro y, sobre todo, una conversación de lo más culta y actual, (lo del camarero morenazo, alto, con camisa blanca remangada marcando bíceps, delantalillo negro atado a la cintura y sonrisa de esas italianas, dependerá de los gustos geográficos), pero a lo anterior, ¿verdad que sí? Vengo constatando que la vida de los demás, cuando la cuentan, parece mucho más ideal y afortunada de lo que encuentras cuando escarbas (de ahí el éxito de las redes), y es que incluso la propia, cuando te imaginas cómo sería tu vida «cuando», «si» y resoplas deseoso:

—¡Pffffff!

Ves, entonces, al lograrlo que no era para tanto.

Os lo digo porque ni de cerca aquella comida fue de ensueño. Somos mujeres. Mujeres. Madres. Esposas. Hijas. Mujeres escritoras, sí, pero se antepone el mujeres al escritoras. Ya, sé que me repito, he escrito mujeres cinco veces en este párrafo (y eso para una escritora está muy feo), pero es que quiero que quede claro que éramos cuatro mujeres... de tanto decirlo hasta ya me suena raro el término

«mujer» (la verdad es que a mí las «jotas» me suenan bruscas de siempre). Yendo al asunto que os quiero desengranar os aclaro, para empezar, que el mantel de aquel restaurante no estaba impoluto (lo estuvo hasta nuestra aparición) porque un refresco fue desplazado por un vaso que cayó al arrastrar la mesa para que una de ellas (vamos, yo) pudiera encontrar hueco entre el tablero y la silla para sacar la teta y dársela a mi hija. ¿Lioso, no? Pues más lío hubo allí al tirar una copa de otra mesa porque valorando que mi hija no entraba en ese estrecho espacio (y si me apuras la teta tampoco) emigre a la de enfrente (que, lógicamente, estaba vacía) con la pequeña berreando de impaciente hambruna e ignoro si ella o yo tiramos el vaso en tal embrollo (cuidado con un lactante sediento, no os confíes nunca por su pequeña estatura, la puede liar más parda que la famosa socorrista). En cuestión de diez segundos el caos se apoderó de la situación. Antes una había estado llorando porque estaban pensando en dar en adopción a su perro (vamos, yo), porque se portaba fatal desde el nacimiento del bebé, otra estaba preocupadísima porque su hijo se seguía haciendo pis en la cama (no, yo, no) y otra no paraba de mirar el reloj porque tenía la obligación de llevar a su hijo al cine con su novia, (de 7 años) y tragarse la película que eligieran sujetando el cirio del que hace un suspiro era tu bebe.

¿Hablamos de libros? Sí, un poquito, gracias a nuestra tozudez, pero sobre todo conversamos, nos desahogamos y nos consolamos las unas a las otras porque no hay nada como una reunión de amigas para desfogar de los problemas de la vida. Eso hacemos las mujeres, señores. Hablar. Soltamos lo que nos ronda para volver a casa enchufadas y con tanta energía que no nos hace falta que nadie nos diga donde están las cosas porque conocemos cada rincón de nuestro hogar (no como otros...). Me veo con la suficiente sabiduría, casi certeza y, sobre todo, libertad de poder afirmar que nosotras gestionamos mucho mejor la vida. Nos llamarán pesadas, cotorras, amargadas, exageradas, nos re-

procharán porque nos preocupamos antes de tiempo, pero solo nosotras sabemos la verdad, solo quien es mujer conoce esa evidencia (que ya cantó Chenoa en todos los diales):

Es una verdad mundialmente reconocida que cuando ellos van nosotras volvemos aunque hayamos escogido el camino más largo, descalzas, con bolsas, cuesta arriba e incluso si nos hemos desorientado un poco (he dicho).

¿Feminista? No, señores, realista. Por supuesto a ellos se les dan mejor algunas cosas, como ver a la primera el fuera de juego, o subsistir a base de pasta, pero en lo que asuntos de emociones se refiere nosotras somos el as de oros y ellos un cinquillo de cualquier palo.

Y no me olvido de que en la historia destaca el sexo opuesto: investigadores, pintores, doctores, generales, santos... pero estoy más que segura que detrás de muchos de ellos hubo una gran mujer alentándolos. Porque era lo que tocaba y no se podía hacer más que eso. Y es que animar se nos da muy bien. Nosotras sí que sabemos calmar cuando nuestro hombre está cabreado con su jefe, su amigo o su padre (aunque no tenga razón) y reconducir la situación para darle la razón o quitársela sin hacerle de menos. Pero ellos... ellos son expertos en cabrearte aún más, en ponerse en la piel de quién te ha ofendido como si tú fueses la culpable en el conflicto en cuestión. No saben decir:

—¡Joo! ¡Cómo se ha pasado contigo! —A cualquier mujer le sale de lo más natural, se ve que nacemos con el gen de la empatía y ellos con el de... el de... dejadme pensarlo.

Y lo curioso del asunto es que si ahondas en su interior, ellos se creen bastante más listos y capaces que nosotras, aunque lo nieguen. No me suelo fiar de los que, a priori, nos hacen la pelota, son los peores. ¿Acaso son capaces de cocinar y fregar a la vez? ¿O nombrar los colores por su nombre exacto? O de algo que siempre me ha sacado de quicio y es uno de los signos evidentes de que se creen muy listos, ¿por qué no preguntan cuando están perdidos?

Una mujer baja la ventanilla e interroga a los lugareños sin pensárselo dos veces, ellos marean la perdiz (y de paso a ti de tanta vuelta) por no bajar ventanilla y reconocer la derrota. Apuesto que su competitiva testosterona no se lo permite.

¿Y qué me decís de la portada? De esos momentos en el baño donde se forjan amistades a granel (cuanto más alcohol exhales más amistad entregas, de toda la vida). Porque lo nuestro sí que tiene mérito, no lo de ellos. Nosotras somos capaces de entrar en letrinas peores que las de la edad media, baños que desconocen la sección de detergentes, con más «agua» alrededor del saneamiento que en muchos pantanos y salir con los deberes hechos, estupendas y encima con los cuádriceps más duros que en una clase de *spinning* por resistirnos a sentarnos en tales condiciones. Los baños de mujeres son un salón social, hay conversaciones de todo tipo y entre todas las que acceden, en parte porque como suele haber largas filas te da para conocer a tus «compañeras meonas» más que a muchos primos. Yo ahora estoy visitando las actuales salas de lactancia y decir que conversar sí que conversas pero respirando por la boca porque huele a derrotado ambientador.

El maravilloso mundo de mear sentada, de la depilación, los sujetadores con aros, los pies fríos, los tacones y las compresas, y también es el maravilloso mundo de los vestidos, los bolsos, la sensibilidad, el multiorgasmo, el embarazo y, por qué no recordarlo, la mayor esperanza de vida.

Martina, Claudia y Silvia, son las mujeres de este libro. Unas protagonistas «casual», es decir, ni maravillosas, ni listísimas, ni tan elásticas como las de algunas novelas. Son tres amigas en tres momentos totalmente diferentes de sus vidas. Circunstancias por las que cualquiera de nosotras es muy probable que pasemos o las vivamos muy de cerca, como la maternidad o una ruptura. Eso es lo que más me ha enganchado, el identificarme en muchas escenas. Y es

que hay que añadir que está estupendamente contado, con humor, frescura y sinceridad. Me resulta curioso que me ha ocurrido con este libro lo que me sucedió con *Sexo en Nueva York*; cuando acabó me sentí un poco vacía porque las protas se han habían transformado en mis amigas (igual soy demasiado sensible, no lo descarto). Estaba deseando saber de ellas y fui la primera al cine a ver las películas. Os cuento esto para avisaros de que el final te deja con ganas de más (este más vale por dos, porque también te entran ganas de matar a las autoras por tener el cuajo de dejarte así).

Con todo lo anterior no quiero decir que sea un libro que solo puedan leer mujeres (estamos en el siglo XXI, por favor). Quiero decir que trata sobre nosotras, pero en alguna ocasión también hay espacio para ellos y su forma de ver la vida, comprobando, por tanto, los contrastes entre unos y otros. Porque los hay, ¿o hay quién lo duda? Cuando yo era más joven e inexperta pero me creía sabia, moderna e intelectual, decía que los hombres y mujeres éramos iguales, que era cuestión de educación. Y sí, probablemente en muchos sentidos nuestra cultura influye, pero en tantas otros es genética pura. Con los años lo he ido constatando aunque este pensamiento me otorgue una imagen retrógrada. Y es que esos años de más también me valen para que me importe un pepino no ser la más «cool» y sí ser sincera, por tanto me repito:

Hombres, lo siento, pero no sois como nosotras.

Ni falta que nos hace —me acaban de responder, con toda la razón.

Porque, ¡cuidado!, esto no se trata de guerra de sexos (bastantes guerras hay ya), ni de enaltecer el género femenino (un poco sí, pero nos va que ni pintado con los tiempos que corren todavía «ni una más»), esto se trata de hablar de nuestras diferencias para poder reírnos de ellas y de enviar unas letras de confianza a aquellas mujeres que duden de

su poder, y de aclaración a aquellos hombres que piensen que no hay quien nos entienda.

El maravilloso mundo de mear sentadas. Fabuloso. Divertido. Ágil. Ingenioso. Espero que os conquiste tanto como a mí. Y ya, sin más dilación, os dejo para que, ahora sí, comience el verdadero espectáculo que nos han preparado Garbiñe y María, ¡qué lo disfrutéis!

¡Nos vemos en los baños!

## 1.— Claudia

Siempre me ha gustado observar a la gente, me gusta imaginar cómo es la vida de los demás. Antes, con Ramón, lo hacíamos a menudo y me gustaba descubrir cómo de una misma realidad dos personas podían ver otros puntos de vista, y a veces, sacar conclusiones completamente diferentes. Era como una especie de experimento en el que al mismo tiempo que intentábamos descubrir rasgos de la vida de algún extraño, nos íbamos reflejando el uno al otro en cada comentario, conclusión o palabra que salía del análisis ajeno. Muchas veces uno se fijaba en detalles que al otro le pasaban por alto. Si se podía, jugábamos a ver quién acertaba. Recuerdo que una vez incluso seguimos a una pareja (solo unos cien metros, nada en plan muy psicópata) para ver quién había acertado. Yo decía que trabajaban en una peluquería; él, en cambio, que eran dependientes, ¡gané yo! ¡Fue divertido!

Ahora vivo con mis padres en las afueras y el metro, además de en mi rutina, se ha convertido en el escenario perfecto para todo ello. En el vagón me siento al lado de un grupo de amigos y, haciendo como que leo un libro o miro el Facebook, escucho sus conversaciones y veo si he acertado o no en mis cavilaciones.

«Próximo tren: 5 minutos» anuncia la pantalla que cuelga del techo con letras rojas: ¡Jo! Rastreo mi posible próximo objeto de estudio antes de decidir dónde posar mi culo, porque lo que tengo claro es que ¡hoy me voy a sentar! Me llaman la atención una madre y su hijo de unos cuatro años y lo decido: me acomodo en el banco junto a ellos.

Pero pocos segundos me bastan para darme cuenta de que esta vez mi objetivo no ha sido el más adecuado, porque me resultan de lo más repipi. Así que no tardo en abstraerme en mis pensamientos.

Distraída, paseo la mirada por el andén contrario y descubro a un chico alto, moreno y guapo que se sienta en el banco de enfrente. Estamos cara a cara, bueno, en verdad nos separan las vías del tren. Para mi sorpresa ¡sonríe! ¿A mí? ¡Sí! ¡No hay nadie más! ¡Desde el otro lado del andén!

Y allí estoy yo, con las botas sucias, una media rota, los restos de rímel corrido de la noche anterior, sin duchar (menos mal que la distancia nos separa) ¡y sin saber muy bien del todo qué hacer! Noto que me pongo nerviosa.

Recuerdo lo que me dicen mis amigas de «hacer miraditas» y mantengo la vista en él. ¡Puff! Después de tanto tiempo con pareja ¿sabré ligar ahora? ¿Es algo que se olvida? ¿O es algo innato en algunos e imposible para otros? ¿Es un don? Este último pensamiento creo que es fruto de la resaca... o de los nervios.

Consciente de que no consigo mantenerle la mirada más de dos segundos, el niño se convierte en mi recurso perfecto. Echo un vistazo al repollo que tengo al lado y sonrío como si me encantasen los niños y acabara de decir algo tierno o muy gracioso para apartar la vista de él. ¡Qué hombre! ¡Me atrae! Recuerdo que en la *Súper Pop* solía poner que había que sostener la mirada durante ¿diez segundos? ¡Y yo no aguanto ni dos! ¿Por qué me acuerdo yo ahora de esto? ¿La *Súper Pop*? ¿Hace cuánto que no leo yo una revista de esas? Aunque viendo el panorama... ¡igual no me vendría mal!

Miro por el rabillo del ojo ¡y ahí le encuentro! Fijo, seguro, sin dudas... ¡y sonriendo! Sabe que yo sí las tengo, me ve insegura, transmito nerviosismo. ¡Voy a calmarme! Decido aprovechar la situación, ¡esta puede ser la oportunidad perfecta para hacer prácticas! Así que vamos a ver si esta

vez consigo mantener la mirada. ¡Allá voy! Le miro: Un segundo, dos, tres...

Y los nervios hacen que vuelva a bajar la mirada y me entre la risa. Soy consciente de lo patético de mi situación y ahora es la madre pasmada la que nos mira a los dos ¡yo me he convertido en el objeto de estudio! ¡La tía está fli-pando! Quedan tres minutos para que llegue mi metro, uno para el suyo. Decido seguir con mis deberes autoimpuestos y la mujer esta que piense lo que quiera. Por lo menos, ¡así se entretiene un poco!

Una chica impresionante (de esas que todo el mundo mira ojiplático indiferentemente del sexo y de la condición sexual que sea) asoma por las escaleras de su andén, ahora Sí que miro. Me intriga saber si la mirará o no y, ¿cómo la mirará? Pasa por delante de él. No se inmuta, ¡su mirada es determinante! ¡Yo soy tu objetivo! Y eso me gusta, pero llega su metro y no veo más.

Lo busco dentro del vagón pero hay demasiada gente y no lo encuentro. ¿Estará sentado? ¡Seguro que está detrás de la gorda! ¿No me va a saludar? ¡O lo que sea que se haga en estas situaciones! ¿Así acaba todo?

Suena el pi pi pi del metro que anuncia el cierre de puertas, y mis ojos rápidos y miopes le buscan con prisa. ¡Mierda! ¿Dónde está? ¡No le veo! Busco su camisa vaquera. ¡A lo mejor se ha subido en el siguiente vagón! Pero el metro ya se aleja y ni rastro de él.

Y cuando por fin desaparece... ¡Allí sigue! ¡Está en el banco! ¡Enfrente! ¡Inmutable! Mirando y sonriendo. Es una media sonrisa, una sonrisa triunfal. Como aquel que sabe que le he estado buscando y que me va a sorprender cuando le vea allí otra vez. ¿Qué espera? ¿Qué vaya allí? ¿O vendrá él? ¿De verdad espera algo? ¿Esto suele funcionar así de rápido?

Un minuto para que llegue el metro. ¿Qué hago? ¿Dejo escapar el metro o le dejo escapar a él? ¡Ayyyy! Los nervios que emergen desde mi estómago van recorriendo mi cuer-

po y hacen que se me entrecorte la respiración. ¿Qué coño hago? Llega el metro, se abren las puertas y yo sin dejar que salgan los pasajeros huyo despavorida entrando casi a empujones, eso sí, ¡con una enorme sonrisa en los labios! ¡No! Definitivamente ¡no estoy preparada para todo esto!

## 2.— Martina

—¡Buenos días, Marcos! —Entro en la clínica mientras el viento frío de la calle se cuela por la puerta conmigo.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo estamos hoy?

—Bien, muy bien. Dispuesta a aliviar con estas todos los males del mundo. —Sonrío a mi compañero y amigo mientras agito las manos enfundadas en mis preciosos guantes de piel.

—¡Claro que sí, reina! —contesta enérgico mientras me dirijo a mi consulta—. Oye Martina, acuérdate de hacerme un hueco a la hora de comer o al cierre —me grita—, tantas horas aquí en la recepción están echando por tierra la teoría de la evolución. Ya soy igualito al *australopitecos*, excepto en lo de subir a los árboles. Aunque dame tiempo —bromea mientras entra nuestro primer paciente de hoy y desaparezco en la consulta partiéndome de la risa.

Oigo a Marcos trastear. Enciende la calefacción y el hilo musical. Lo imagino tomándose ya su café, todavía humeante, y abrasándose la lengua. Poco a poco, la música relajante y el calor comienzan a inundar, una a una, todas las salas y consultas de esta antigua clínica de fisioterapia del barrio de Salamanca.

Conforme avanza la mañana y van llegando los pacientes me doy cuenta de lo a gusto que estoy en mi trabajo. Me encanta haber vuelto a la consulta porque este es, sin duda alguna, mi sitio. Después de los dos años de excedencia que he dedicado a cuidar de mi hija vuelvo a sentirme plena y satisfecha, realizando una labor importante. Aunque no quiero decir con ello que ser madre no lo sea.

Estos dos años han supuesto un paréntesis maravilloso para disfrutar de mi hija pero lo cierto es que estaba deseando salir un poco al mundo. Al mundo de los adultos. Anhelaba dedicarme a una actividad ajena al envolvente universo de los mocos, los pañales y los chupetes. Deseaba ser de nuevo Martina y no «la mamá de Cloe».

Echaba tanto de menos hablar con frases estructuradas de algo que no fuera *Peppa Pig* o *Frozen*... Por ello, disfruto de cada conversación con todas las personas mayores de tres años, muchos ya amigos, que pasean sus dolores por este agradable centro de masajes.

—Ya he terminado Marcos. ¡Es tu turno! —La mañana se me ha pasado volando. Voy a ver si puedo hacerle algo a mi recepcionista preferido.

—¡Ya estoy yendo!

Para cuando quiero darme cuenta, Marcos ha echado el cerrojo de la clínica, ha venido a la consulta número cuatro, se ha desprendido de la camisa y está tumbado sonriendo al suelo por el agujero de la camilla.

—Así que vuelven a molestarte las cervicales —le pregunto con excesiva profesionalidad.

—Sí, hija sí —contesta con resignación.

—Bueno, a ver qué puedo hacer. —Poso sobre él mis ya cálidas manos—. Relájate.

—No puedo —me contesta— ¡tengo noticias!

—¿Qué has hecho esta vez Marquitos? —No puedo ocultar mi debilidad por él y sonrío ante la incertidumbre creada por mi amigo.

—He conocido a un chico. Se llama Víctor. Y es el amor de mi vida.

—Querrás decir que es otro amor de tu vida. ¿Qué pasó con Gonzalo?

—Serás mala pécora. ¡No me quites la ilusión! Con Gonzalo se acabó el amor.

—Sí, de tanto usarlo —respondo tan irónica como amarga. Seguro que es otro de sus «rolletes» sin trascendencia.

—Esta vez es distinto. Va a ser el definitivo. ¡Estoy tan emocionado! Tengo muchas ganas de verle y de que tengamos nuestra primera cita.

—¿Cómo, cómo, cómo? —Mis ojos azules no pueden estar más abiertos—. ¿No habéis tenido aún vuestra primera cita y crees que, mmm, cómo era su nombre?

—Víctor, su nombre es Víctor.

—Eso, Víctor. ¿Crees que Víctor es el amor de tu vida?

—No es que lo crea. Lo sé —afirma tajante.

—Vas muy rápido Marcos. —Creo que mi tono de voz le ha molestado.

—¡Hay que ver reina! ¡Qué mal te sienta el invierno! —me dice mientras se incorpora en la camilla interrumpiendo mi trabajo.

—Tienes razón. Lo siento cariño —me disculpo. Quizá esté siendo un poco dura con él.

—No pasa nada —responde con carita de ángel mientras vuelve a ponerse en posición de saco de patatas.

—Bueno, ¿vas a contármelo ya? ¡Quiero saber todos los detalles!

—Todo empezó hace un par de meses cuando... —Hace una pausa dramática haciéndose el interesante. Le encanta porque sabe que me enerva.

—¿Cuándo, Marcos? —le insto a seguir. Parece que al final sí puede andarse por las ramas (como el *australopitecos*).

—Sí, perdona. Hace un par de meses cuando quedé con mi amigo Lorenzo. ¿Le recuerdas? El chico más guapo, más alto y más *hetero* que he visto en mi vida.

—Sí, le conozco —afirmo entre risas.

—Vale. Fuimos a tomar una copa a Chueca, como la mayoría de los viernes. La noche se nos «complicó» y acabamos en una discoteca dando la nota. Y nunca mejor dicho. *Mi gran noche* nunca fue interpretada con tanto arte. El mismísimo Raphael hubiera aplaudido nuestro numerito.